

## APULEYO, *METAMORFOSIS* IX: UNA SEGUIDILLA DE ADÚLTEROS DESCUBIERTOS

Dolores Granados de Arena  
Laura López de Vega

Entre los conflictos humanos de todos los tiempos está el de la infidelidad conyugal, el adulterio. Si en latín vamos a las palabras que con este último término se relacionan, *adulter-a-um*, *adulterium*, *adulterinus*, *adulterare*, encontramos que tienen en su composición el pronombre *alter* para indicar que una cosa llega a ser otra que no debiera y de allí "alterar", "corromper". El *adulter* es el que falta a los deberes conyugales; la *adultera* es la que viola la fe conyugal; el *adulterium* es el hecho de romper la fidelidad hacia el cónyuge. Con el tiempo *adulter* pasó a significar simplemente "amante". Cicerón en *Pro Caelio* (II, 23; 49) separa *adulter* de *amans*, ya que deja *adulter* sólo para el que se relaciona vergonzosamente con una mujer casada, como lo es Clodia, y cuando se trata de una mujer no casada, *non nupta mulier*, lo llama *amans*.

Cuando la infiel es la mujer, se nos presenta la figura del marido engañado, el cornudo, ofendido en lo más profundo de su honor. La literatura ha tematizado este tópico y precisamente en este trabajo vamos a abordar un aspecto de este problema: el de los adúlteros sorprendidos por el marido engañado que llega de improviso. Apuleyo, en el libro IX párrafos 5 a 7 y 14 a 28 nos trae una curiosa seguidilla de adúlteros descubiertos. La sabiduría popular insiste en que el marido engañado es el último en enterarse y en que, como no sabe, no sufre: "Cuando lo sabe el cornudo, ya lo sabe todo el mundo", dice un refrán español. Aquí está la esencia del ridículo que esta situación entraña y por qué estas tristes situaciones paradójicamente nos hacen sonreír.

Los poetas clásicos ya cantan situaciones en que el hombre es engañado y así nos dice Ovidio:

*Non ego, ne pecces, cum sis formosa, recuso*

*sed ne sit misero scire necesse mihi. (Am. III, XIV, vv.1-2)*

(No me opongo a que actúes mal, siendo tú tan hermosa, sino a que sea necesario para mí, desgraciado saberlo.)

Los antiguos juzgaban severamente el adulterio. Sabemos que César se divorció de Pompeya ante la sospecha de que había violado la fe conyugal. Cicerón en sus *Catilinarias* (II, 7) coloca al adúltero entre los autores de los peores crímenes: asesinos, envenenadores, parricidas, etc.

Volviendo a Apuleyo, vamos a encontrar en los párrafos señalados más arriba, cuatro episodios de adúlteros descubiertos, puestos en boca de distintos narradores. Si quisiéramos desbrozar los diferentes elementos del tema señalaríamos:

- . una mujer naturalmente infiel o que llega a serlo.
- . un marido más o menos confiado, que se ausenta y que llega imprevistamente.
- . un amante más o menos audaz.
- . las argucias de las mujeres para esconder al amante.
- . descubrimiento del adúltero escondido.
- . reacción más o menos violenta del marido.

Nuestro método de trabajo será analizar los episodios mencionados y estudiar cómo se combinan en cada caso los elementos que hemos puntualizado.

El primer relato, puesto en boca de Lucio-asno, que lo ha escuchado, a su vez, en una posada a la que ha ido a parar en medio de sus innumerables andanzas, nos narra la historia de un hombre muy pobre que se gana la vida realizando tareas manuales por exigua paga. A este pobre le ha tocado en suerte una mujer que deja mucho que desear por su mala conducta:

*Erat ei tamen uxorcula etiam, satis quidem tenuis et ipsa, verum tamen postrema lascivia famigerabilis!* (Apuleyo. *Met.* IX, 5)

(Tenía sin embargo una mujercita también ella humilde, pero famosa por su extrema lascivia.)

Obsérvese el diminutivo de burla o desprecio que se ha usado para referirse a la mujer: *uxorcula*, "que es naturalmente infiel".

En uno de los tantos días en que el marido se dirige al trabajo, ella mete en la casa a un amante:

*...statim latenter irrepit eius hospitium  
temerarius adulter: (Apul. Met., IX, 5)*

(...enseguida irrumpió en su casa un accidental amante:)

La llegada imprevista del esposo no se hace esperar:

*...ac sum Veneris colluctationibus securius operantur, maritus ignarus rerum ac nihil etiam tum tale suspicans improvisus hospitium repetit.*  
(Ap. Met. IX, 5)

(y mientras se entregaban muy confiadamente a los combates del amor, el marido ignorante del asunto y que no sospechaba nada de la situación, vuelve a la casa de improviso.)

Hemos subrayado en el texto las palabras que marcadamente señalan el total desconocimiento del marido de la infidelidad de la esposa. Se trata de un hombre ingenuo que confía ciegamente en su mujer. Al instante la muy ladina va a salir del paso sin vacilaciones:

*... ianuam pulsat, sibilo etiam praesentiam suam denuntiante: tunc mulier callida et ...perastutula... hominem dolio, quod erat in angulo semiobruptum ...dissimulanter abscondit, et ...adhuc introeuntem maritum aspero sermone accipit: (Ap. Met. IX, 5)*

( [El marido] golpea la puerta anunciando además su presencia con un silbido; entonces la mujer astuta y muy ducha esconde disimuladamente al hombre en una tinaja que estaba semienterrada en un rincón y recibe al marido que todavía está entrando con ásperas palabras.)

Este mal recibimiento al marido que llega en momentos poco oportunos va a ser común a todos los episodios que vamos a analizar. Lo utilizan las mujeres con el objeto de desviar la culpa y ponerse en víctimas.

El pobre marido, desconcertado, se defiende explicando que acaba de hacer un buen negocio: ha vendido aquella tinaja inservible en cinco denarios. La esposa no se arredra y haciendo gala de una buena dosis de ironía sale al paso con este ardid:

*...mulier temerarium tollens cachinum "Magnum", inquit "Istum virum ac strenuum negotiatorem nacta sum, qui rem, quam ego mulier et intra hospitium contenta iamdudum septem denariis vendidi, minoris distraxit" (Ap. Met. IX, 6)*

(...la mujer soltando una osada carcajada dice: "He obtenido un gran marido y sobresaliente negociante, el que ha vendido en menos precio esta vasija que yo, mujer y encerrada dentro de mi casa ya la vendí en siete denarios".)

Satisfecho por la habilidad de la esposa, el inocente pregunta quién la ha comprado a tan buen precio. Ella le responde con todo descaro:

*"Olim, inepte", inquit, "Descendit in dolium sedulo soliditatem eius probaturus". (Ap. Met. IX, 6)*

("Tonto, hace tiempo, le responde, bajó al fondo del tonel para probar su solidez".)

Nótese el adjetivo descalificador con que la adúltera rebaja a su marido: *inepte*.

El amante por su parte, ni corto ni perezoso y queriendo a su vez salvar su pellejo, sigue el juego de la mujer con toda desvergüenza:

*Nec ille sermoni mulieris defuit sed exurgens alacriter "Vis" inquit "Verum scire, materfamilias?..." (Ap. Met. IX, 7)*

(Y aquel [el amante] no faltó a la palabra de la mujer (no la desmintió) sino que subiéndose sin vacilar dijo: ¿Quieres saber la verdad, patrona?)

Y después de quejarse del estado calamitoso de la tinaja, haciéndose el tonto, se vuelve hacia el marido y le pide una lámpara para inspeccionarla debidamente. El pobre cornudo trae obediente la lámpara, se ofrece para rasquetear la suciedad de la vasija y pone enseguida manos a la obra:

*...acer et egregius ille maritus, accensa lucerna, ...nudatus ipse  
...scabiem vetustam cariosae testae occipit exculpere.* (Ap. Met. IX, 7)

(... aquel avisgado y excelente marido, encendida la lámpara ...desnudo él mismo ...comienza a raspar la vieja mugre de la carcomida vasija.)

La situación ridícula en la que aparece el pobre marido está acentuada con toda ironía con los adjetivos con que se lo califica: *acer et egregius*.

Mientras el viejo rasqueta prolijamente la vasija, los amantes se dedican a los juegos del amor con todo descaro. La humillación del marido llega al máximo cuando, al final del episodio, lo vemos cargar el tonel a sus espaldas para llevarlo hasta la casa del adúltero:

*...calamitosus faber collo suo gerens dolium coactus est ad hospitium  
adulteri perferre.* (Ap. Met. IX, 7)

(...el desastroso obrero, echándose a la espalda el tonel, tuvo que llevarlo a la casa del adúltero.)

En este primer episodio, ningún personaje aparece con nombre propio. Hay un manejo importante de las palabras: diminutivos poco comunes, a veces intensificados por una partícula: *perastutula, cellulam, cenula, homuncio*, etc. En el discurso interrogativo de la mujer a la llegada del marido nos parece advertir una parodia del de Dido frente a Eneas en la *Eneida*. Advertimos también un triste contraste entre la obnubilación e ingenuidad del marido, que no se da cuenta de nada de lo que pasa a su alrededor, y la astucia, la rapidez y

la sagacidad de los amantes, lo que entraña, en definitiva, el amargo triunfo del cinismo, la simulación y la perversidad de los adúlteros frente a la inocente torpeza del marido engañado.

El episodio nos trae a la mente la narración II de la jornada séptima del *Decamerón* de Bocaccio, que comienza con una reconvencción a las mujeres en general, las cuales -nos dice- ya que son tantas las burlas que los hombres les hacen, cuando alguna vez ocurre que una mujer burle al marido, no sólo deben alegrarse de ello, sino que además deben pregonarlo por todas partes. El episodio de Bocaccio mantiene las líneas generales de la narración de Apuleyo, de manera tal que es imposible pensar que no conociera a fondo al autor latino. Sin embargo, como entre los dos escritores ha corrido mucha agua bajo el puente, creemos que cuadra destacar la diferencia entre la misoginia de Apuleyo y el discurso feminista con que el autor italiano introduce su narración.

En el mismo libro IX, entre los párrafos 17 a 28, Apuleyo nos trae lo que vamos a llamar "historia del molinero", de estructura bastante compleja. Aquí vamos a encontrar tres aventuras de adúlteros, dos de ellas intercaladas como relato dentro del relato.

Recordemos que Lucio, metamorfoseado en asno, ha pasado a ser propiedad de un molinero, un buen hombre que tiene a su lado la peor de las mujeres. Veamos a este 'dechado de virtudes' según la describe el burro.

*Pistor ille ...bonus alioquin vir et apprime modestus, pessimam et ante cunctas mulieres longe deterrimam sortitus coniugam poenas extremas tori Larisque sustinebat... Nec enim nel unum vitium nequissimae illi feminae deerat, sed omnia prorsus, ut in quandam caenosam latrinam, in eius animum flagitia confluxerant: salva, scaeva, virosa, ebriosa, pervicax, pertinax, in rapinis turpibus avara, in sumptibus foedis profusa, inimica fidei, hostis pudicitiae:...* (Ap. Met. IX, 14)

(El molinero aquél, hombre honrado y sumamente discreto, habiéndole tocado en suerte una esposa malísima, en mucho peor que todas las mujeres juntas, soportaba extremos tormentos de su lecho y de su hogar... En efecto, ningún vicio faltaba a aquella muy perversa mujer, sino que todas las infamias habían confluído en su espíritu como en una cenagosa letrina: cruel, siniestra, ponzoñosa, borracha, obstinada,

testaruda, avara en sus vergonzosas rapiñas, pródiga en sus repugnantes lujos, incumplidora de la palabra empeñada, enemiga de la castidad:)

No podríamos pasar por alto en este fragmento el manejo de la lengua. Llama la atención en la enumeración de los vicios de la molinera que los mismos aparecen agrupados de dos en dos por las terminaciones de los calificativos: *saeva, scaeva, virosa, ebriosa*; por el uso de intensificadores: *pervicax, pertinax*; por las construcciones: *in rapinis... avara, in sumptibus... profusa*.

Se agrega en la descripción otro aspecto que tiene que ver con la religión que practica la mujer:

*...tunc spretis atque calcatis divinis numinibus in vicem certae religionis mentita sacrilega praesumptione dei, quem praedicaret unicum...*

(Ap. *Met.* IX, 14)

(además, despreciados y pisoteados los númenes divinos, en lugar de una religión cierta, con sacrilega presunción hacía mención de un dios al que proclamaba único...)

Los comentaristas coinciden en que se ha pretendido ver aquí la primera imagen de una mujer cristiana, y en la religión en base a un solo dios, al cristianismo. Esto probaría que en pleno siglo II d.C. la nueva religión no era bien estimada y que un hombre de letras como Apuleyo podía tener de ella una idea vaga y calumniosa.

En su relato el asno se queja, además, de la verdadera persecución que la mujer del molinero había emprendido contra él: lo hacía amarrar a la muela, lo hacía apalear, le retaceaba el alimento, etc. Esta perversidad de la patrona hizo que el asno curioso de por sí, prestara especial atención a la conducta de la susodicha y así había descubierto que cierto joven visitaba asiduamente a la pícara molinera en su cuarto. Y hubiera visto muchas cosas más a no ser que una vieja alcahueta permanecía constantemente cerca de su ama para protegerla. Cierta día llega hasta las orejas del curioso burro una historia que la lena le cuenta a la molinera, con el fin de aleccionarla, ya que ésta se queja de la

timidez de su joven amante. Aparece aquí el relato dentro del relato, puesto en boca de la alcahueta. Los personajes de esta historia tienen nombre propio: Filesitero, el adúltero audaz, Areté, la débil joven seducida, el codicioso mediador, Mirmex, y el marido burlado, Bárbaro: son nombres que 'cantan' por sí solos. La lena comienza con una encendida alabanza de las cualidades de Filesitero, cualidades resaltadas por el polisíndeton:

*...Philesitherus adulescens et formosus et liberalis et strenuus et contra maritorum inefficaces diligentias constantissimus, dignus ...solus omnium matronarum deliciis perfrui, dignus solus coronam auream capite gestare...* (Ap. Met. IX, 16)

(Filesitero, joven vigoroso, liberal, valiente, muy perseverante contra las inútiles precauciones de los maridos, el único digno de disfrutar de los favores de las casadas, el único digno de llevar en la cabeza una corona de oro...)

Este audaz amante va a lograr burlarse de un severísimo marido, Bárbaro, y seducir a la hasta entonces muy virtuosa y bien custodiada Areté:

*"Nosti quendam Barbarum nostrae civitatis decurionem, quem Scorpionem prae morum acritudine vulgus appellat? Hic uxorem generosam et eximia formositate praeditam mira custodela munitam domi suae quam cautissime cohibebat".* (Ap. Met. IX, 17)

("¿Conoces a un cierto Bárbaro, decurión de nuestra ciudad a quien el vulgo llama Escorpión por lo agrio de sus costumbres? Éste retenía una esposa de linaje y dotada de eximia belleza, protegida en su casa con admirable custodia muy precavidamente".)

Se nos presenta en esta historia a un marido celoso y seguramente desconfiado, ya que, a pesar de la excelente conducta de su mujer, toma todos los recaudos para asegurarse de su fidelidad. Y así, con motivo de un viaje, la deja al cuidado de un esclavo muy fiel:



*Barbarus iste cum necessariam projectionem pararet pudicitiamque carae coniugis conservare summa diligentia cuperet, servulum suum Myrmecem, fidelitate praecipua cognitum, secreto commonet suaeque dominae custodelam omnem permittit, ...mortem denique violentam defamem comminatus si quisquam hominum vel in transitu digito tenuis eam contigisset... (Myrmex) mira sagacitate commissae provinciae fidem tuebatur. (Ap. Met. IX, 17)*

(Este Bárbaro mientras preparaba un viaje impostergable y deseando proteger con todo cuidado la castidad de su querida esposa, pone en juego secretamente a un siervito suyo, Mirmex, conocido por su particular fidelidad y le encomienda toda la guarda de su mujer amenazando con la muerte violenta en fin, difamado, si alguien ya fuera de paso la hubiese tocado solamente con un dedo... Mirmex cuidaba con admirable sagacidad la fe del terreno encomendado.)

Aquí y más adelante, en el episodio de la relación íntima entre Filesitero y Areté, hay parodia del lenguaje militar, un recurso muy frecuente en la comedia latina, especialmente en Plauto.

Pero el muy audaz amante no vacila un ápice para conseguir su objetivo y sabedor de aquello de que el dinero lo puede todo, hace su oferta:

*...demonstrat ei novitate nimia candentes solidos aureos, quorum viginti quidem puellae destinasset, ipsi vero decem libenter offerret. (Ap. Met. IX, 18)*

([Filesitero] le muestra [al esclavo] unas monedas de oro sólidas, brillantes por su reciente factura, de las cuales veinte ciertamente había destinado para la joven señora, y para él mismo (para Mirmex) ofrecería gustosamente diez.)

Pero como bien piensa Filesitero, "las puertas de acero suelen ser quebradas por el oro" (*...soleant adamantinae etiam perfringi fores... auro*). Efectivamente, la oferta del joven da resultado a pesar de las vacilaciones del fiel 'Hormiga'.

*...misellus (Myrmex) in diversas sententias carpebatur ac distrahebatur: illic fides, hic lucrum; illic cruciatus, hic voluptas. Ad postremum tamen formidinem mortis vicit aurum:...*

*...sic ad aures dominae mandatum perfert: nec a genuina levitate descivit mulier sed execrando metallo pudicitiam suam protinus auctorata est. (Ap. Met. IX, 19)*

(El pobrecito Mirmex era dividido y arrastrado a decisiones opuestas: allá la fidelidad acá el dinero; allá la tortura, aquí el placer. Finalmente, sin embargo el oro venció al temor a la muerte.

...Así lleva a oídos de su señora el pedido: y la mujer no se apartó de la natural ligereza sino que comprometió al instante su virtud al execrable metal...)

Es curioso observar cómo obra la fascinación del dinero sobre los personajes. En el relato de la lena se advierte en el esclavo Mirmex una lucha interior entre la palabra dada al amo y su codicia, y el ir y venir de sus sentimientos entre el deber y el interés. En Areté, en cambio, esa lucha no parece darse y esto se evidencia con sólo un adverbio, *protinus*, que pone de manifiesto la rápida decisión de la mujer. De parte del autor, hay un juicio negativo hacia las mujeres cuando generaliza diciendo *a genuina levitate*.

Las puertas de la casa y las del cuarto de Areté se abren para el aventurero, y cuando están entregados al amor, contra toda previsión, se presenta el marido ausente. Este episodio termina bien para el adúltero, porque sabe huir a tiempo y aunque en su apuro olvida las sandalias en la habitación, al final sale airoso del trance. El marido no llega a enterarse de la aventura de su mujer porque cree las explicaciones falsas de los hechos.

Terminando el relato de la lena sobre Areté, la molinera manifiesta su envidia por la suerte de esa mujer y se lamenta por la poca decisión de su propio amante:

*"Beatam illam quae tam constantis sodalis libertate fruitor!" (Ap. Met. IX, 22)*

(¡Feliz aquella que disfruta de la libertad de un amante tan

desenvuelto!)

Y se lamenta de su suerte:

*At ego misella molae etiam sonum...  
timentem familiarem incidi. (Ap. Met. IX, )*

(Yo por el contrario he caído en un amigo que teme hasta el sonido de la muela.)

La lena se compromete a aleccionar debidamente al irresoluto amante:

*"Tam tibi ego probe suasum et confirmatum animi amatorem illum  
alacrem vadimonium sistam" (Ap. Met. IX, 22)*

("Al punto yo haré venir a ese gallardo amante cabal, persuadido y decidido")

La molinera, entusiasmada, prepara un gran banquete para recibirlo una noche en que el marido cenaba con su vecino, el batanero, y, cuando están sentados a la mesa, se presenta el molinero, antes de lo calculado. La mujer, ni corta ni perezosa, esconde al joven amante debajo de una artesa de madera, donde va a permanecer por largo rato. El marido explica a su mujer que se ha vuelto de la cena indignado por el ignominioso comportamiento de la esposa de su vecino y le cuenta lo sucedido. Se inserta aquí el segundo relato encuadrado: el de la relación de la batanera con un galán. Esta mujer de probada virtud hasta el momento, había perdido la cabeza por un joven amante:

*Hem qualis, dii boni, matrona, quam fida quamque sobria turpissimo  
se dedecore foedavit! (Ap. Met. IX, 23)*

(¡Ay! ¡una matrona como ella, dioses benéficos, tan fiel y tan recatada, se ha manchado con tan vergonzoso deshonor!)

Evidentemente, el molinero viene escandalizado por la conducta de su

vecina sin pensar, el inocente, lo que está sucediendo en su propia casa.

Como en todos los casos de las mujeres descubiertas en este trance que hasta aquí han aparecido, la batanera, para salir del apuro, oculta al amante en lo primero que pilla: en un arca de mimbre donde se tendían las telas para ser blanqueadas al vapor del azufre. Confiada en la seguridad del escondite, se sienta tranquilamente a cenar con su marido y el molinero. Lamentablemente, las emanaciones del azufre hacen estornudar tantas veces al adúltero, que el esposo descubre todo el engaño. Indignado, reacciona con gran violencia y pide una espada para degollarlo. El molinero compadecido del amante que está prácticamente moribundo por el humo del azufre, calma a su vecino y le aconseja que lo abandone en una calle cercana. Por otra parte, persuade a la batanera de que se aleje por un tiempo de la casa hasta que se calmen los ánimos.

Aquí termina el relato encuadrado, puesto en boca del molinero, relato que concluye de una manera trágica, ya que el amante sale casi muerto de su aventura.

Escuchando el relato, la molinera reacciona con un cinismo sin límites: censura sin piedad a la adúltera y llega a pedir un tremendo castigo para mujeres como ésa, sin recordar al amante que tiene escondido bajo la artesa:

*Haec... procax et temeraria mulier verbis execrantibus fullonis... detestabatur uxorem... quae... Larem mariti lupanari maculasset infamia, ...iamque... prostitutae sibi nomen adsciverit: addebat et tales oportere vivas exuri feminas. (Ap. Met. IX, 26)*

(Esta mujer procax y desvergonzada censuraba con palabras execrables a la mujer del batanero... porque había manchado el hogar del marido con una infamia propia de un lupanar... y había adquirido para sí el nombre de prostituta: agregaba además que convenía que tales mujeres fueran quemadas vivas.)

Entre tanto el asno, Lucio, testigo de todo lo que está pasando, escandalizado por la conducta de la mujer que tan mal trato le daba, se pone a pensar en la manera de ayudar a su amo. Veamos cómo encuentra la forma de hacerlo, en circunstancias en que lo llevan a beber a la fuente:

*namque praetergrediens observatos extremus adulteri digitos, qui per angustias cavi tegminis prominebant, ...ad summam minutiem contero, donec intolerabili dolore commotus, sublato flebili clamore, repulsoque et abiecto alveo, conspectui profano redditus scaenam propudiosae mulieris patefecit.* (Ap. Met. IX, 27)

(En efecto, al pasar por delante pisó hasta hacer polvo los dedos visibles del adúltero, los cuales sobresalían por la estrechez del reducido encierro... hasta que conmovido por el intolerable dolor, habiendo gritado y habiendo elevado un grito plañidero, sacudida y sacada la artesa, puso al descubierto a la vista de todos la intriga de la desvergonzada mujer.)

Lo que va a llamar la atención será la primera reacción del molinero frente al golpe asestado a su honor:

*...exsanguī pallore trepidantem puerum serena fronte et propitiata facie commulcens incipit: "Nihil triste de me tibi, fili, metuas. Non sum barbarus... nec... sulphuris te letali fumo necabo, ac ne iuris quidem severitate lege de adulteriis ad discrimen vocabo capitis tam venustum tamque pulchellum, sed plane cum uxore mea partiaro tractabo;* (Ap. Met. IX, 27)

(Al jovencito que temblaba con lívida palidez, [el molinero] con frente serena y rostro tranquilizador comenzó a hablarle acariciante: "No temas, hijo mío, nada malo de mi parte. No soy un bárbaro... ni te mataré con el humo letal del azufre, ni siquiera te citaré a juicio con la severidad del derecho por la ley del adulterio, a un jovencito tan hermoso y encantador, sino que pactaré con mi mujer compartiendo abiertamente.)

Obsérvense los adjetivos que ha usado el molinero para calificar al adúltero: *venustum, pulchellum* y el tono que ha usado, muy bien marcado en el texto con las aliteraciones y los diminutivos. Recordemos que la ley *Julia de adulteriis* condenaba a los adúlteros a ser confinados en dos islas diferentes y

no muy próximas. Fue Constantino más tarde quien, para probar que se había convertido a una religión superior, llevó para el seductor la deportación a muerte. Sin embargo cada caso de adulterio en la práctica no pasaba de un proceso que había que abandonar, tras mucho discutir, ante la imposibilidad de determinar fehacientemente quién había seducido a quién.

El astuto molinero propone enseguida una especie de triángulo amoroso:

*...ut sine ulla controversia vel dissensione tribus nobis in uno conveniat lectulo. (Ap. Met. IX, 27)*

(de modo que sin ninguna discusión ni divergencia sea lícito para nosotros tres en un solo lecho.)

El cínico molinero se venga finalmente de particular manera. Después de pasar la noche con el jovencito, al amanecer del día siguiente le propina una tremenda tunda y lo pone de patitas en la calle. Enseguida la adúltera recibe también su merecido. El autor lo dice con muy pocas palabras:

*nec setius pistor ille nuntium remisit uxori eamque protinus de sua proturbavit domo. (Ap. Met. IX, 28)*

(y no menos, aquel molinero repudió a su mujer y rápidamente la expulsó de la casa.)

A diferencia del batanero, que actúa arrebataadamente, el molinero lo va a hacer con toda premeditación y alevosía. Pero los adúlteros van a recibir de él el severo castigo al que se han hecho merecedores.

Nuevamente Bocaccio, esta vez en la jornada quinta, narración diez, nos presenta otra versión de Apuleyo, en este caso del episodio del molinero. El protagonista de este relato es Pedro de Vinciolo, que por tajar la mala opinión que por sus vicios tiene entre la gente, se ha casado con una mujer de pésima conducta. No falta aquí la alcahueta que aconseja, ni la narración encuadrada de las desgracias de otro marido, ni los lugares fortuitos para ocultar a los amantes, ni la forma de descubrirlos. Sólo se ha acentuado la inclinación hacia

los jóvenes del marido engañado. Encontramos en el episodio de Bocaccio mordaces puntadas en lo que las mujeres dicen contra los hombres, e ingeniosos argumentos que ellas esgrimen para justificar sus deslices, argumentos que encierran siempre un desquite o revancha frente a las afrentas de los maridos.

Si quisiéramos hacer un balance final de los cuatro episodios de adúlteros sorprendidos que aparecen en Apuleyo, diríamos que encontramos entre ellos rasgos comunes y rasgos diferentes. Hay dos maridos engañados que no llegan a enterarse de que lo son y que confirman aquello, tan popular, de que: "Ojos que no ven, corazón que no siente"; otros dos que se enteran y que reaccionan de muy distinta manera. Hay dos esposas virtuosas que llegan a ser infieles y otras dos que tienen desde el principio una pésima conducta. La molinera es la peor de todas. Los cuatro maridos llegan de improviso; las cuatro mujeres buscan distintos y circunstanciales escondites para ocultar a sus amantes. Los cuatro adúlteros son jóvenes, algunos más audaces, Filesitero sobre todo, y otros más tímidos; dos de ellos salen mal parados de su aventura y uno casi muerto; los otros dos logran salir airosos. Podríamos afirmar entonces que Apuleyo ha sabido introducir variedad dentro de la uniformidad del tema.

## NOTAS

1 Para el texto de Apuleyo hemos seguido la edición de *The Loeb Classical Library*, Harvard University Press, 1947.